

FERVOR DE COMPOSTELA O JORGE MONTES

Por LUZ POZO GARZA

PARA Jorge Montes poesía es descubrimiento de relaciones mágicas que aspira a comunicar en la inmediatez de la palabra.

En sus poemas hay una constante hiriente y dramática: el tiempo:

*Me despertó el verano de mi sueño fetal,
y el reloj de mi vida comenzó el mecanismo
de presurosos latidos, que siguen todavía
acortando el tiempo que tengo prefijado.*

Versos éstos de un conmovedor poema a la altura de la mejor biografía poética —pensamos en la «Biotz—Begietan» de Blas de Otero, con la que parece emparentada en sus hitos esenciales: padres, infancia, experiencias tristes...

En su espléndida «Trilogía Compostelana» —merecedora de importante galardón en la Universidad— la problemática del tiempo se hace constante y recurrente obsesiva, no sólo en su aspecto objetivo —el transcurrir inexorable— sino también en sus implicaciones afectivas:

*Los iconos me aguardan con paciencia
subidos a sus quietos pedestales.
Qué desafío al tiempo, al alfabeto,
juició rito y soberbio en tus estatuas.*

Sería conveniente profundizar en el estudio de estos aspectos. Sin embargo, sólo a título de muestra y como indicativo de la intencionalidad del poeta, señalemos que precisamente con la palabra-clave TIEMPO comienza el poema I de la trilogía:

*Si el tiempo, la piedra, la distancia y el pájaro,
y significativas de relaciones temporales son las últimas
palabras con que se cierra el poema III de la misma tri-
logía, que queda así enclaustrada en su propia atmósfe-
ra temporal:*

y el frío de tus piedras eternas.

Otras constantes temáticas subyacentes al tiempo, la humedad, la piedra y el sonido son precisamente los más puros elementos de la esencia compostelana. El poeta ha tocado milagrosamente la médula viva de la ciudad santa y se ha puesto a vibrar al unísono con ella en un tiempo rico en implicaciones vivenciales.

Otros elementos temáticos que aparecen en la trilogía están subordinados a las constantes señaladas, incluso lo histórico, ampliamente reiterado en el poema,

queda apesado en las coordenadas del tiempo y del espacio, que es la piedra.

Soprende el dominio del verso y la palabra. Sorprenden el rigor y la hondura. El adjetivo marca una tonalidad de connotaciones generalmente abruptas, sin concesiones a la mollicie. De aquí que cada pareja sustantivo-adjetivo celebre felices nupcias astéticas, con frecuencia dramáticas y siempre sugeridoras de tendencia expresionista:

*retadoras torres.— tedio vertical premonitorio.—
corrosiva historia, etc...*

El intimismo lírico permanece perfectamente controlado y dosificado. Se consigue una poesía eficaz, limpia. El control del intimismo se obtiene por medio de la alianza entre lo subjetivo y lo objetivo, por la utilización de esquemas lógicos —aunque portadores de las más puras intuiciones— y por el empleo de un amplio léxico de extracción científica.

*unísono.— fuerzas convergentes.— vertical premonitorio
criterios afectivos.— cifras estelares, etc...*

En la andadura y rigor del verso y en el afán de extraer de los tecnicismos su poesía latente y virgen, Jorge Montes nos recuerda el vanguardismo de Borges y su aire pesimista, dolorido.

Doy fe de que estamos ante un poeta excepcional de veintitrés años. Un poeta que escalofría a veces:

*Tus figuras cansadas
de dormir puerta afuera*

por los contenidos acertos de conmiseración hacia las cosas y hacia las personas menos participantes en el tráfico ciudadano:

Las ancianas ocultas en tus casas sin arie.

ya que el poema III se define en función de lo negativo y de lo ausente, donde hasta la propia personalidad del poeta se resume en una cifra anónima en la oscuridad de la historia ciudadana:

*Vengó (...)
a ser inventariado en tus confusas crónicas*

Me pregunto si Jorge Montes habrá aprendido su lenguaje en el diálogo interminable de apóstoles y profetas en el ágora entrañable del Pórtico de la Gloria?